



**GITANOS EN GALICIA:  
 EN BUSCA DE UN NUEVO FUTURO**

«Queremos convivir,  
 más que integrarnos»

La mayoría quieren coexistir con el resto de la sociedad, pero sin intención de asimilarse, porque defienden a muerte sus valores familiares y morales

VÍTOR MEJUTO

En el centro, Vanessa Jiménez, una compostelana que jamás se casaría con un payo «porque no me entendería». La acompañan en la imagen las hermanas Lucía y Dolores Jiménez, azafatas de congresos, que comparten con ella estos valores, aunque matizan que no están reñidos con la convivencia en sociedad: «Salimos a comer con amigas payas y llevamos una vida normal»



EN PORTADA | «QUEREMOS CONVIVIR, MÁS QUE INTEGRARNOS»

# Gitanos a este lado del muro

**Felipe estudió dos carreras universitarias. Vive con su familia en un piso de Milladoiro. A sus vecinos jamás se les ocurriría montar una pancarta de protesta en la puerta. Dolores y Lucía trabajan como azafatas de congresos. Les gusta ir a la moda, cuidan su alimentación. No son excepciones: casi tres cuartas partes de los 11.000 gitanos gallegos caminan a este lado del muro**

JESÚS FLORES | TEXTO  
VÍTOR MEJUTO | FOTOS

La metáfora del muro no es solo un recurso simpático que aluda a los 20 años de la caída del telón de acero, que estos días se recuerda. Es también una pura realidad que puede contemplarse, sin ir más lejos, en las cercanías del poblado chabolista de O Vao. Y son precisamente las polémicas surgidas a raíz de casos como el de este asentamiento de infraviviendas de Pontevedra, o el del crío gitano al que la Xunta ha retirado la custodia por sobrepeso, las que dominan el inconsciente general a la hora de opinar sobre el colectivo que peor percepción social sigue teniendo en Galicia. Las cifras, sin embargo, caminan en otra dirección: la escolarización media supera ya los ocho años de estudios, aunque la brecha formativa con respecto a los *payos* siga abierta (un problema especialmente grave en estos momentos de escasa demanda laboral) y las tasas de absentismo rondan aún el 20%. En el ámbito laboral, con datos estatales, la mitad de los trabajadores están empleados ya por cuenta ajena, en tanto que actividades como la recogida de chatarra y la venta ambulante experimentan un franco declive. Esta tendencia normalizadora, si bien amenazada por la dura crisis económica, también se concreta en la progresiva desaparición de los poblados calés, esos reductos de marginación que abonaron durante décadas la venta al menudeo de una clase de drogas ahora prácticamente extintas. De hecho, en Galicia, la proporción de quienes residen en pisos sobre aquellos que continúan en chabolas es casi de setenta a treinta.

## En furgoneta a la universidad

Si hay un paradigma del gitano empeñado en destrozarse los tópicos ese es Felipe Rosillo. Este zamorano de 42 años, que vive en Galicia desde hace tres, estudió un par de carreras superiores, (es trabajador social y programador analista), cuya hija mayor se doctoró en Psicopedagogía y la pequeña, actualmente en la ESO en el instituto de Fontiñas, va por la misma senda, aunque para ello tenga que controlar sus amistades «gitanas o no, porque —advierte— en estas edades tan difíciles los chavales se dejan influir demasiado por otros». Actualmente, Felipe trabaja como orientador laboral en la sede comarcal de la Fundación Secretariado Xitano (FSX), si bien, pese a su preparación, hasta hace solo unos meses no había conocido



**LUIS DOS REIS, UNA FURGONETA Y DOS EMPLEOS.** Luis aprovecha al máximo las posibilidades de su vehículo, con el que recoge aceite (en la imagen) y hace mudanzas.

más empleos que los de la venta ambulante («la verdad es que con eso me iba muy bien, ganaba dinero, pero mi interior me decía que debía hacer otras cosas, por eso me puse a estudiar», confiesa) y el trabajo en una empresa de chatarrería en la que catalogaba, ayudándose de un ordenador, las diferentes piezas que entraban y salían de la nave. Felipe nos lleva

**«Llevé a mi hija al mercadillo para que viera lo duro que es y siguiera estudiando», recuerda María Dolores**

en su propio coche hasta su casa, una vivienda típica de un bloque de edificios del barrio de Milladoiro. Es un piso acogedor, de tres habitaciones, con un amplio salón en el que las fotos de las hijas aparecen cuidadosamente enmarcadas. Allí nos espera María Dolores, su mujer, que sufre los padecimientos propios de un fuerte tratamiento para curarse de

una esclerosis múltiple que apenas le permite caminar. La oportunidad de charlar con el periodista de la historia de superación de su familia le devuelve la sonrisa por unos minutos. «Mis padres no me dejaron estudiar, mientras que a mis hermanos le dieron toda clase de facilidades, así que siempre tuve muy claro que mis hijas sí lo harían», nos cuenta María Dolores, que acaba de salir de la ducha y con movimientos torpes se ajusta una toalla a la cabeza mientras pregunta si queremos un café. Felipe, arrellanado en un sofá al lado de una tele en la que charlotean los Simpson asiente con la cabeza y se levanta para prepararlo (nada de comportamientos de patriarca al viejo estilo, tampoco en su apariencia: gafas de pasta finas, ropa casual y moderna perilla muy cuidada). La deja hablar durante un buen rato en el que relata cuando llevaba «en la Jumpy [un tipo de furgoneta] a la niña para que pudiese ir a clase todos los días», y le mandaba a la residencia de Salamanca por MRW «los táper con comida preparada por mí para que no echase de menos su casa» o cuando incluso la tuvo un par de días en el mercadillo «para que viera lo duro que era eso y se esforzase al máximo en los estudios, sin caer en la tentación de ponerse a trabajar en el negocio familiar». Llegados a este punto, Felipe, como experto en mediación laboral para la integración de este colectivo, recuerda que los gitanos empiezan a trabajar a edades muy tempranas, ayudando en las empresas familiares, y prolongando su vida laboral más allá de los 65, al no tener derechos laborales. «Esto confirma de alguna manera que el gitano realmente quiere trabajar y de hecho lo está haciendo», apunta.

## La competencia china

El problema que tiene actualmente la forma más extendida de trabajo de los gitanos gallegos, la venta en el mercadillo, es la competencia de africanos y latinoamericanos, al tiempo que los bazares chinos están barriendo el sector de los artículos con unos precios difícilmente igualables. La crisis económica actual hace el resto. A Lucía Jiménez, una azafata de congresos que nos presentamos más tarde en la Fundación Secretariado Xitano, sus padres siempre le repitieron la misma cantinela: «No vayas a la feria». Y ella no se arrepiente de haber tomado otro camino distinto al de la venta de fajas o chándales de baja calidad, aunque durante las vacaciones: o en épocas de paro se ponga al pie

«QUEREMOS CONVIVIR, MÁS QUE INTEGRARNOS» | EN PORTADA



**FELIPE ROSILLO Y MARÍA DOLORES, EN SU VIVIENDA DE MILLADOIRO.** Para esta pareja, la educación es «un paso fundamental» en la mejora de las condiciones de vida de los gitanos. Él tiene dos carreras y su hija mayor, doctorada en Psicopedagogía, acaba de recibir un premio de excelencia. En la imagen posan en el salón de su casa con las orlas de sus retoños.

del cañón debajo del toldo. «Es un trabajo duro, pasas frío, no hay sueldo fijo... Yo siempre he hecho lo que más me ha gustado, cuidar a niños, dar clases de baile...», nos cuenta satisfecha.

En el currículos de Lucía y en el de su hermana Dolores figuran estudios de informática, de cajera-reponedora y de azafata de congresos y comunicación, una de las iniciativas más populares de la FSX, así como una experiencia laboral de dos años en diferentes tareas, desde empleada de supermercados, cuidadora de niños y ancianos hasta dependienta de un Kiddy's Class. Ambas siguen viviendo con sus padres en un piso de Fontiñas y no tienen pensando abandonarlo hasta que se casen «porque —advierte Dolores antes que le interroguemos por ello— la unidad familiar para nosotros es muy importante, igual que el respeto a los ancianos y, en general, todas las tradiciones gitanas». También es cierto que sus irregulares ingresos económicos no favorecen su independencia. Les preguntamos también si el empeño por mantener estos valores no encuentra una continua resistencia en su vida cotidiana. Lucía responde sin dudar: «Estamos abiertas a todo, vamos de comida con compañeras de trabajo, o al cine... pero eso no quiere decir que vaya a renunciar a las cosas en las que creo. Queremos convivir con el resto, pero no integrarnos en su forma de vida. Yo sigo las normas, intento estudiar, trabajar

y seguir formándome... Bueno, y si puedo comprarme, algún día un Audi TT», bromea.

Esta cuestión clave de los valores la tienen también muy clara Felipe Rosillo y su mujer, quienes también apuntan a la virginidad hasta el momento del matrimonio como otro elemento clave de su cultura que quieren mantener. Aunque intentan separar el grano de la paja. Saben que hay una arraigada tendencia entre la gente de su etnia al conformismo. «Hay que seguir avanzando, no podemos quedarnos con todas las costumbres del pasado», advierte Felipe, quien reconoce que es la mujer la que más ha avanzado en los últimos años dentro de su comunidad. María Dolores, su esposa, se plantó a las primeras de cambio en el instituto de Fontiñas para recordarle a la profesora de su hija pequeña que

la niña no era «la típica gitana que va a dejar de estudiar», pidiendo de esta manera un esfuerzo y una implicación idéntica para ella que para el resto de la clase. «Es que notaba que alguna profe, al principio, la castigaba demasiado, quizás en una actitud muy a la defensiva y tuve miedo que la niña le cogiese manía a la asignatura por una actitud equivocada», explica María Dolores con gesto firme. Un rictus muy parecido al que compone Vanessa Jiménez, mediadora intercultural en la Fundación Secretariado Gitano, cuando recuerda que su «abuela jamás estudió». «Pero mi madre —continúa— ya pudo ir algo al colegio y yo conseguí acabar». En su trabajo cotidiano en la fundación, Vanessa intenta ser un puente entre los gitanos que acuden a nosotros y la sociedad

EL APIUNTE

«¿Quién vio al burro del ascensor?»

■ En los últimos años, los planes de incorporación del colectivo gitano a unas viviendas normalizadas, para convertirlos en sujetos con todos los derechos y obligaciones del Estado de bienestar, se han encontrado con la oposición frontal de sus futuros vecinos. Al tiempo han surgido historias como la de que los gita-

nos meten al burro en el ascensor, que Santiago González Avión, director de la Fundación Secretariado Gitano, no duda en calificar de leyendas urbanas. «¿Quién ha visto eso directamente?, eso es no conocer ya no solo a los gitanos, sino también a los burros...», bromea. Se pone más serio Santiago González cuando habla de

la droga. «La vida en las chabolas, como guetos que son, favorecía que los propios payos utilizaran a los gitanos como última pieza del eslabón», reconoce. «Pero si esta gente sale de los poblados deja de realizar, por lo general, estas actividades, porque entre otros motivos, su nuevo entorno lo impide», concluye.

**«Tampoco podemos quedarnos con todas las costumbres del pasado, aunque valoro mucho la unidad de la familia, y en especial, el respeto a los ancianos», reconoce Felipe Rosillo**

**«Los gitanos pasaron muchas penurias y carecen de una cultura moderna de alimentación», explica Santiago González Avión**

a la que pretenden incorporarse. «Nos llaman los gitanos invisibles, porque trabajamos o estudiamos y no somos protagonistas de las informaciones negativas que con frecuencia aparecen en los medios de comunicación», asegura entre orgullosa [por lo de la invisibilidad] y molesta por lo que Felipe Rosillo llama «el grano en la cara»: «Cuando te sale uno de estos —explica— mucha gente no se da cuenta, pero si lo rascas aumenta de tamaño e incluso te salen más. Esto es lo que pasa con las noticias sobre los gitanos».

Charlas sobre alimentación

En los centros de la fundación en la que trabajan Felipe y Vanessa, aparte de la puesta en marcha y desarrollo del plan Acceder, para la incorporación de los gitanos al mundo laboral, se despliegan programas de acción social, vivienda, promoción de la cultura y sensibilización social, con una especial atención a las actividades relacionadas con la salud. Dentro de ellas hay cursos y charlas específicas sobre alimentación, dirigidos a las madres y a sus hijos. Santiago González Avión, director territorial de la FSX, no esquiva la cuestión que le plantea el periodista con relación a la polémica en torno al niño ourensano de 9 años al que la Xunta pretende tutelar por un problema de sobrepeso. «Aún sin conocer el caso con todos sus detalles, sí tengo muy claro que en un caso como este, en el que hay un problema grave

EN PORTADA | «QUEREMOS CONVIVIR, MÁS QUE INTEGRARNOS»



**LA NUEVA VIDA DE MERCEDES GARCÍA JIMÉNEZ.** Estuvo tres años en la cárcel por transportar un paquete de droga. Lo hizo, asegura, para mantener a su familia después de que su marido la dejase sola con cinco hijos. En Teixeiro aprendió que los gitanos «deben abandonar las chabolas y ver la vida de otro modo, mostrándose a los demás como son en realidad». Aspira a que los servicios sociales le devuelvan a sus nietos ahora que ha demostrado que puede llevar otro tipo de vida. Entiende que la Xunta haya retirado la tutela a un menor gitano que sufre sobrepeso. «Está enfermo y tienen que curarlo, si fuese drogadicto sería lo mismo», asegura.

de salud, las leyes que rigen para todos están por encima del especial apego que tienen los gitanos a la unidad familiar», asegura. En su opinión, situaciones como esta se producen porque este sector de población, que habitualmente ha vivido con muchas penurias, «carece de una cultura moderna de alimentación: a veces confunden calidad con cantidad, a lo que se une la sedentarización». Este es, según González Avión, uno de los muchos retos que asume la Fundación Secretariado Xitano, aunque sus prioridades sean la normalización de este colectivo en las áreas de vivienda, trabajo y formación, sobre todo la primera de ellas, porque defiende que el paso de una chabola a una vivienda digna «marca un nuevo camino en el futuro de esta gente».

Santiago González apela a su experiencia para asegurar que los gitanos, cuando habitan lejos de la barriada en la que vivían, comienzan a ver las cosas de otra manera. «Para empezar, ya no se están condicionados por el ambiente del poblado, donde la opinión del grupo y de las jerarquías es muy importante: puede tomar decisiones libremente, y por primera vez va a tener la oportunidad de convivir a nivel cotidiano, también laboral, con personas de esa otra sociedad que veía lejos», apunta González, quien tiene constancia de casos de gitanos a los que se les denegó un empleo cuando el empresario supo que su lugar de

residencia era el poblado coruñés de Penamao. «A mí el primer día de trabajo me miraban con distancia, me acordaba de aquel banquero que no quería darle un crédito a mi abuelo porque no tenía nómina, pero a la semana ya me dejaban llevar la furgoneta para casa». Así describe Moisés Faños su primera experiencia laboral en una empresa por cuenta ajena, e incide en el hecho de que la característica de ser gitano puede ser solo una anécdota si la persona se muestra realmente como es. Moisés tiene, que se moje el culo», que aplica a su modo de ganarse la vida. Actualmente trata de combinar un negocio de toros mecánicos, del que vive seis o siete meses al año, con tareas de peón o transportista, aunque está en el paro.

El responsable de Secretariado Xitano apoya su tesis sobre la importancia de las políticas de vivienda en el resultado de las «distintas vías» que adoptaron en su momento Santiago y A Coruña para acercar las comunidades paya y gitana. «En Compostela —explica Santiago González— se hace un esfuerzo desde hace veinte años. En A Coruña y en otras urbes durante mucho tiempo se trabajó de una forma más improvisada, intentando recolocar a los gitanos en viviendas a medida que los planes de urbanismo iban desmantelando los poblados. De ahí los graves problemas que todos hemos visto».

**«Algunas me decían que en un piso no iba a poder encender una hoguera si hacía frío. ¡Menuda falta que me hace, si tengo calefacción!», dice Mercedes García**

**«El primer día de trabajo me miraban con un poco de distancia, a la semana ya me dejaban llevar la furgoneta para casa», recuerda Moisés Faños**

## «LOS GITANOS TENEMOS QUE ABRIR NUESTROS HORIZONTES»

■ A Mercedes García Jiménez la cárcel, confiesa, le abrió los ojos. Esta pequeña mujer de 45 años, que vivió en el poblado de Penamao, todavía se pregunta cómo podía encontrarse a gusto en aquella chabola del famoso gueto coruñés, adonde llegó después de ser desalojada de un piso de Elviña. Su destino cambió el día en que, acuciada por la necesidad, aceptó el trabajo de cartera que le encomendó una amiga: «Me pilló la policía con el paquete y me cayeron tres años», recuerda con una profunda mirada de tristeza que da paso a un relato en el que se entremezclan las historias de un marido que se había dado a la fuga y la necesidad en la que se encontraban sus cinco hijos y sus tres nietos. «Aquella mujer, paya, me había prometido 1.200 euros por el trabajo y yo lo acepté como última salida, pero la cárcel me vino bien para comprender que había otra forma de vivir», apunta.

¿Qué es eso tan importante que aprendió entre rejas?, le preguntamos. Ella responde sin dudar: «Que los gitanos tenemos que abrir nuestros horizontes, no pensar que en un poblado de chabolas está nuestro lugar, que tenemos que convivir con los payos, que si mostramos como

somos en realidad no vamos a tener ningún problema con ellos», sentencia. Y cuenta cómo alguna de sus antiguas vecinas de Penamao, cuando ella le dice lo bien que está en su piso de Pastoriza, una barriada próxima a A Coruña, pone cara de escepticismo y le dice: «Pero ahí no puedes hacer una hoguera si hace frío». Y Mercedes piensa: «Sí, pero enciendo la calefacción, y además no tengo por qué aguantar las peleas de la chabola de al lado, ni corro tanto riesgo de que alguno de mis hijos o mis nietos caiga en la droga». Y, sobre todo, que ahora camina rauda hacia una reunificación familiar cuya pérdida tanto daño le había hecho. «Gracias a la venta de la chabola me dieron 40.000 euros y ahora me están gestionando un crédito por otro tanto para poder comprar esta casa, porque ahora estoy de alquiler». En la vivienda habitan, además de ella, tres hijos, uno de ellos con su mujer y una hija con dos crios, recogidos por los servicios sociales, aunque ya pueden visitar a su abuela y a su madre varias horas a la semana. El objetivo de Mercedes es que la tutela sea a tiempo completo en el menor tiempo posible. «Entonces será feliz, quizás no del todo porque jamás aceptaré que mi marido me dejase sola con cinco hijos».